

1540-  
4.ª SÉRIE, N.º 2.

BIBLIOTECA POPULAR

# CLERO Y NOBLEZA

POR

MONSEÑOR SEGUR.



PRECIO: 70 CÉNT.º DE REAL.

BARCELONA:

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, calle del Pino, 5, bajos.

1872.

*R. por D. Hilarión de Vargas. - 8  
Nov. 1879 -*



---

## AL LECTOR.

---



Grande es el clamor que por todas las naciones levantan las sociedades secretas contra todo lo santo, grande y digno; siendo el clero y la nobleza los que llevan la mayor parte de los ataques injustos y no probados de los modernos novadores. Este hecho hacia de grande utilidad, si no necesaria, la publicacion de un opúsculo destinado á patentizar clara y brevemente la falsedad de las injurias inferidas contra el clero y la nobleza católicos.

Muchas obras se han publicado para combatir las falsas imputaciones de los impíos; pero son aquellas muy costosas y no las mas leídas por los hijos del pueblo, que descan mas bien una relacion sencilla de los hechos apoyados en una argumentacion, sólida sí, pero fácil de comprender: el pueblo no puede perder mucho tiempo estudiando, y por esto los opúsculos son los que en mayor escala están destinados á la propaganda entre los obreros.

Por este motivo, pues, acabo de ofrecer á la *Biblioteca popular* la traduccion de la obrita *Clero y nobleza* de Mons. de Segur, seguro de que con su lectura pueden las clases proletarias instruirse en algunas verdades, que mucho han trabajado las sociedades se-

cretas para dejarlas completamente ofuscadas á la poco cultivada inteligencia del pueblo.

No dudo que la obrita citada puede aplicarse perfectamente á España, aun cuando su autor la haya escrito expresamente para los franceses; por la razon de que, habiendo sido las sectas las que han fulminado el odio contra el clero y la nobleza, en todos los países se han valido de idénticos argumentos.

Reciban, pues, los lectores este opúsculo, y léanlo con atencion; crean que todo lo que en él se dice del clero, de la nobleza y de los demagogos franceses, puede decirse, sin temor de faltar á la verdad, del clero, de la nobleza y de los agitadores y revolucionarios españoles.

EL TRADUCTOR.



---

## CLERO Y NOBLEZA.

---

Durante la terrible guerra que acaba de tener lugar, y en la cual todo el mundo reconoce un gran castigo enviado por Dios, el clero y los que todavía se apellidan «nobles» han dado á la Francia incomparables pruebas de patriotismo.

Nuestros curas, nuestros seminaristas, nuestros Hermanos se encontraban por todas partes. Sobre el campo de batalla, en el cual mas de uno perdió la vida; en las ambulancias, en el cautiverio, intrépidos en medio de los peligros, firmes é inquebrantables en las mas crueles privaciones.

Las mas ilustres familias, los nombres mas insignes de la Francia han tenido á alta honra el defender el suelo patrio á costa de su sangre; y aquellos á quienes hasta entonces se les acusaba de ociosidad y de molicie, les hemos visto alistarse en

el ejército como simples soldados, hacer prodigios de valor, sufriendo sin quejarse al lado de los hijos del pueblo. Muchísimos han sucumbido en el campo de batalla, ó á lo menos han recibido gloriosas heridas.

Después de tanta abnegación no era de esperar que se suscitase, precisamente contra los nobles y los curas, esta guerra encarnizada, odiosa, que Voltaire y las sociedades secretas habían inaugurado en los últimos y peores días del pasado siglo. El suelo francés está todavía empapado con la sangre de aquellos, bañado en sus sudores, y ya las sectas, enemigas implacables de la Iglesia, recrudecen sus ataques furiosos y desleales.

La mentira amenaza seriamente corromper á las clases obreras, especialmente en las campañas, y por eso creo necesario contestar breve y contundentemente á la calumnia. No es otro mi propósito en estas breves páginas, dictadas únicamente por la fe, por el buen sentido y por el amor á los pobres obreros, casi siempre buenos y honrados, pero á quienes es muy fácil seducir.

Ruego á todos los hombres de bien que difundan lo mas posible este opúsculo esencialmente popular, si le juzgan á propósito para realizar el fin principal que me he propuesto. Que Dios se digne bendecir á los lectores y que su lectura produzca buenos frutos.

I.

*Lo que predicán los curas era bueno en otros tiempos, pero en la actualidad es ya otra cosa. No debemos creerles ya.*

A lo menos así se cree, sin embargo esto va mal.

Si lo que predicán los curas es la verdad, ¿por qué no debe creérseles hoy lo mismo que en otro tiempo? Además, los curas son entre los hombres los enviados de Dios; los depositarios de estas grandes verdades que así salvan á los pueblos como á los individuos; á ellos es á quienes dijo Jesucristo en la persona de sus Apóstoles: «Como mi Padre me envió, así os envío Yo también á vosotros. Id, pues, enseñad á todos los pueblos; que aprendan á observar mis leyes. Predicadles la nueva de salud para todos; el que crea será salvo; el que no, será condenado. Aquel que os escucha me escucha; aquel que os desprecia me desprecia. Yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos.»

Hé aquí con qué títulos, hé aquí con qué autoridad divina el cura católico se presenta á los hombres. Su enseñanza es la enseñanza del mismo Jesucristo; la enseñanza saludable de Dios; la Verdad.

¡Desgraciado, pues, el que no escuche al cura! Según la palabra misma del Hijo de Dios, «él será condenado.»

¡Desgraciado el pueblo, desgraciado el país que

no escucha al cura! él se pierde, no puede dejar de perderse.

Los que os dicen que no debeis creer las palabras del cura son, á sabiendas ó sin quererlo, vuestros mas pérfidos enemigos; y los periódicos y revolucionarios que en todos los tonos repiten esta blasfemia son unos malhechores públicos, cien veces mas culpables que los miserables que pueblan nuestras cárceles.

¿Por qué, pues, les escuchais?

Hoy como siempre, y hoy mas todavía que en otro tiempo, abramos nuestros corazones á la verdad; porque ella únicamente puede darnos la paz y el bienestar. En todos tiempos hay necesidad de seguir la verdad; pero al cabo de un siglo de errores y de revolucion, debe tenerse aquella mas presente que nunca.

La Francia está al borde del abismo; solo la Religion puede salvarla, y la Religion ¿qué es sino lo que enseña, lo que explica el cura y que ha recibido de Dios?

## II.

*Los curas no deben ocuparse de elecciones, esto es, de política.*

Error [grave, pues como á ciudadano el cura puede y debe, lo mismo que los demás, ocuparse de política, y en consecuencia, de las elecciones.



¿Les rehusaríais acaso el título y los derechos de ciudadano?

Y además como á cura tiene el derecho, si no el deber, de ocuparse de política y de elecciones. Que él no debe trabajar á la manera de los agentes electorales, os lo concedo de buen grado; esto sería exponerse á comprometer su ministerio. Mas bajo el punto de vista religioso, la cosa cambia de aspecto.

En efecto; la política se roza con los intereses religiosos bajo mil aspectos. Así es que, bajo el punto de vista religioso, ¿qué mas importante para una diócesis que el nombramiento de un buen prefecto, de un prefecto honrado y cristiano? Para una parroquia, y por consiguiente para un cura, ¿qué mas importante, siempre bajo el criterio religioso, que la eleccion de un buen *maire*, de un Consejo municipal compuesto de personas cristianas? Con la benevolencia de las autoridades será fácil hacer el bien; todas las obras católicas, entre otras la institucion de los Hermanos y las Hermanas serán favorecidas, y la buena armonía reinará en la parroquia y en la diócesis.

Así un obispo, un cura, no solamente pueden, sino que deben, en conciencia, ocuparse de tales nombramientos. En apariencia usa de la política; en realidad llena su ministerio espiritual, el cual consiste en procurar la salud de las almas.

Esta cuestion así examinada es tan grave, que el cura no puede ni debe permanecer indiferente á las elecciones.

El cura ante todo no debe perder de vista los intereses de la Religion. Todo aquello que de lejos ó de cerca interese á la Religion, todo lo que contribuya á perder ó á salvar á las almas, es de su incumbencia, y tiene obligacion de ocuparse de ello. Querer separar la Religion de la política y distinguir el cura del ciudadano, es querer separar lo que Dios ha unido, y matar de un golpe á la Iglesia y á la sociedad. La Religion es como el alma de la sociedad civil, la cual debe conformarse siempre en sus leyes, en sus instituciones y en sus actos con la voluntad de Dios; y esta voluntad la Iglesia y el cura, por encargo del mismo Dios, deben darla á conocer á los hombres.

Votar bien ó votar mal es evidentemente un cargo de conciencia, y desde este momento entra en el dominio del cura.

En materia de elecciones, como en todas las demás, el cura tiene el derecho y el deber de decir á sus parroquianos: «No teneis permiso para votar á un enemigo de la Religion, á un revolucionario, antes muy al contrario, es vuestro deber, y deber de conciencia, votar bien y nombrar personas idóneas y buenas.»

Convenimos en que el cura debe obrar en este caso con tanta prudencia como firmeza; pero pretender que no puede ni debe hacer nada en este punto, es error insostenible.

No lo dudeis: las sociedades secretas ponen en circulacion todas esas falsas ideas, para preparar insensiblemente el reinado de los comunistas. Hace

treinta ó cuarenta años que trabajan, sobre todo en nuestras campiñas, porque estas se han conservado hasta ahora mejores que las ciudades. Se procura desacreditar á los curas, levantar contra ellos falsas suposiciones y minar su saludable influencia; dicen que deben permanecer en las sacristías; que la Iglesia debe separarse del Estado, etc., todo lo cual no tiende á otra cosa que á explotar el sufragio universal en provecho de los revolucionarios.

Si durante las elecciones nuestra pobre Francia escuchase un poco mas á sus obispos y á sus curas, y un poco menos á los intrigantes y á los sectarios que explotan su incredulidad, no iríamos de revolucion en revolucion, como está sucediendo de medio siglo acá, y en cambio tendríamos hombres de bien al frente de los negocios públicos.

### III.

*No escuchéis á los curas, pues son enemigos del pueblo.*

¿Enemigos del pueblo? ¡Impudente mentira! Los curas, léjos de ser enemigos del pueblo, son sus mejores amigos, sus únicos verdaderos amigos.

¿Los curas enemigos del pueblo? ¿En qué? ¿Qué mal hacen ellos al pueblo?

Observémoslo de cerca. Trasladémonos á una escuela de primera enseñanza; de cien niños, á lo menos ochenta pertenecen á la clase obrera. Lle-

ga el cura. ¿Qué les enseña? A ser buenos, sábios, obedientes, á respetar y amar á sus padres, á no cometer ningun mal, á prepararse para ser un dia hombres de bien y amigos de su deber. Sin el cura, muchos de los niños del pueblo no recibirian educacion alguna moral! Sus padres, absorbidos por el trabajo, pueden solo ocuparse de la vida material de la familia. En el catecismo, en el confesonario, en la primera comunión, el cura y solo el cura se ocupa de la conciencia, del corazon del hijo del pueblo. ¿Es esta la causa por la cual el cura es enemigo del pueblo?

Y cuando vuestros hijos y vuestras hijas llegan á la adolescencia, ¿cuál es respecto de ellos la mision del cura? ¿No emplea todavia su influencia en el confesonario, para mantener en ellos una vida intachable, conservar la pureza de sus costumbres, y una conducta, y por consiguiente una reputacion honrada? ¿Cuándo los jóvenes se convierten en viciosos, holgazanes y ligeros de cascos, sino al apartarse de la Religion y dejar de escuchar al cura? Vuestra hija ha sido buena y cristiana mientras fué bien dirigida; ¿cuándo ha comenzado á afligir á su madre y á deshorrar á su familia? Cuando dejó de confesarse y de escuchar al cura.

Si habeis tenido la dicha de ver á vuestro hijo ó á vuestra hija bien dirigidos á los diez y ocho, veinte, veinte y cinco años, despues de Dios, debeis agradecerlo al cura. Y el cura ¿seria vuestro enemigo?

Esto, que es verdad en la juventud, lo es tam-

bien respecto á las demás edades. ¿Quiénes son los obreros mas honrados, sobrios, laboriosos y constantemente dignos de aprecio? Diez y nueve contra veinte, por no decir veinte contra veinte, lo son los obreros cristianos que todavía escuchan al cura y no han olvidado aun el camino de la iglesia. El curá, entendedlo bien, es quien mantiene la paz y la moralidad de costumbres en la mayor parte de las familias obreras, de las cuales es el ángel bienhechor.

¿Le reprochais porque conoce en la confesion los asuntos de vuestra familia? Se entera de ellos, es verdad, pero ¿en qué sentido? ¿No es únicamente para recomendar á vuestra mujer, á vuestros hijos, y si vos acudís á él, á vos mismo, á ser bueno, paciente, firme en el deber; á amar á Dios y á amaros recíprocamente los unos á los otros? La dicha habita en el hogar del obrero que escucha al cura.—¿Es este, os pregunto, el enemigo del pueblo?

Y cuando estais enfermo, ¿quién viene á consolaros, á ayudaros en el sufrimiento? ¿El médico? Sí, sin duda, pero el médico viene solo para el cuerpo, y despues, cualquiera que sea su amistad, os hace pagar los honorarios de la visita. ¿Vuestros amigos, vuestros padres? Verdad que sí, pero todo se limita á esto. Y si no teneis ni padres ni amigos, ¿quién se os acercará? ¿Quién subirá hasta vuestra pobre morada? ¿Quién os traerá una dulce palabra, una cordial sonrisa? Nadie mas que el cura, sólo el cura, que lo desafia todo, la fatiga, el

frio, el calor, el contagio, del cual es muchas veces víctima, y la ingratitud, mil veces mas sensible que todo lo demás.

En la vida como en la muerte, el cura es el padre, el amigo, el paño de lágrimas, el sosten del desgraciado, ¡y aun vienen á decirnos que es «el enemigo del pueblo!» Indudablemente, los que tal cosa dicen no lo creen. Y vosotros ¿cometeriais la necedad de creerles?

Y luego, ¿cómo seria posible que los curas fuesen los enemigos del pueblo? La mayor parte de nuestros curas, nueve entre diez, ¿no son acaso humildes hijos del pueblo? Sus padres son obreros ó labradores; sus hermanos, sus hermanas y sus amigos ganan el pan con el sudor de su frente. Todos sus recuerdos y su corazon están allí. En defecto de otro motivo, el instinto mismo haria que el cura amase al pueblo, porque al fin nadie es enemigo de sí propio.

Entre los hijos del pueblo, los obreros, los pobres y las gentes sencillas el cura está en su verdadero centro. Entre los que sufren y trabajan su ministerio es muy fácil. Con una buena palabra, un apretón de mano ó una caricia á un niño, gana á menudo una familia para Dios.

Vociférase contra los curas porque frecuentan «los palacios,» y extienden sus miradas á los ricos. Pero es muy natural que se rocen con las personas de elevada alcurnia y deseen alternar con todo el mundo. Los ricos, lo mismo que los demás, ¿no son por ventura sus feligreses? Si son buenos y

caritativos, como sucede con frecuencia, el cura halla en ellos los recursos que le faltan para sostener sus buenas obras y sobre todo para socorrer á los pobres. Si aquellos no son precisamente como deberían ser, entonces el cura no frecuenta su casa; y si alguna vez lo hace es solo para procurar llevarles al buen camino, mostrándose afable con ellos. ¿Qué mal puede haber en todo esto? Los que lo critican son espíritus perversos y envidiosos, ó bien imbéciles que se hacen eco de los impíos.

Por mas que se diga, pues, en las buhardillas y talleres, el cura no es el enemigo del pueblo; al contrario, es su amigo, su verdadero amigo; toda su vida se resume en una frase: «amor hácia el pueblo.» Y los que dicen lo contrario mienten.

#### IV.

*Los republicanos y los francmasones son los verdaderos amigos del pueblo.*

Sí, aman al pueblo; le aman mucho, solo que le aman demasiado; le aman como los lobos al cordero. ¡Pobre cordero! ¡Y tú te dejas arrebatar!

En sus periódicos y en sus clubs los demócratas repiten todos los días que aman al pueblo. «Nosotros, y únicamente nosotros, gritan, amamos verdaderamente al pueblo, nos ocupamos de sus intereses, y queremos arrancarle de la esclavitud del capital. Nosotros queremos fundar una sociedad

nueva en donde el obrero libre no será explotado por el patrono, y todos serán dichosos y completamente libres.»

Hé ahí lo que dicen, y para llevar á cabo su programa excitan las pasiones populares, preparan asonadas, y revoluciones cuando les es posible; disciplinan á los obreros, á las mujeres y á los niños; los conducen á las barricadas, les arman de petróleo y de revolvers, y prenden fuego al país por sus cuatro lados.

Entonces sucede, ó que el movimiento tiene éxito, ó es sofocado: si lo primero, los promovedores, apoyándose en las espaldas del pueblo, llegan á la dictadura que empuñan con ambas manos, cobíjanse debajo del estandarte rojo, y en medio de las aclamaciones llenan sus bolsillos y los de sus amigos vaciando la caja pública. Si el motin es sofocado (como sucede ordinariamente), los principales motores se escabullen listamente, dejando á los infelices seducidos en las barricadas y en las terribles manos de la justicia militar.

En uno y otro caso el pueblo solo recibe los golpes; el dinero, los buenos destinos, la gloria y la impunidad pertenece á los jefes del motin.

Para estos hombres, la clase obrera, que tanto afectan enaltecer y amar, es solo el populacho: astutos y sagaces, halagan al pueblo porque poseen el arte de explotarle. Uno de los que mas se han distinguido entre los comuneros de París decia últimamente: «Es preciso desplumar la gallina sin que lance ningun grito.» ¿Lo entendeis, cándidos



lectores del *Siecle* ó el *National*, que creéis lo que se dice en los periódicos democráticos y votáis á los rojos?

¿Cuándo será, buenos obreros, que comprendáis el fin-que aquellos se proponen? Estos republicanos de profesion, estos demócratas austeros que solo hablan de libertades, no son mas que miserables egoistas que así se servirian de la libertad como del Gran Turco; y que se complacen, cuando alcanzan el poder, en pisotear todas las libertades públicas; la libertad religiosa, la libertad de la propiedad, la libertad de la prensa, la libertad de la palabra, todas las libertades. En su boca las grandes palabras de *igualdad* y *fraternidad* significan persecucion arbitraria contra los hombres de bien, violencia, y con frecuencia despojo y pillaje.

Aquí está la realidad; ved ahí vuestros republicanos y francmasones tales cuales son en el dia, y serán en todos tiempos.

Se concibe que esos pícaros se atrevan á llamarse amigos del pueblo, pues este es el único medio que tienen de medrar; pero lo que parece increíble es que al cabo de cien años sea el pueblo tan imbécil que se deje embaucar por las palabras de aquellos charlatanes.

La república, sobre todo la república democrática y social, es una madre de familias que tiene dos clases de hijos; sábios y tontos: los primeros, siempre en pequeño número, son los capataces; los tontos, en número crecidísimo, son todos estos po-

bres diablos quienes con el fusil al hombro envian al degüello el dia del motin.

Herido el comercio, se paraliza de pronto, y ya no hay trabajo, ni crédito; ciérranse los almacenes, y el pobre obrero encuentra que tras sus mas bellas esperanzas y sus brillantes equipos viene la miseria.

¿Quién tiene la culpa? ¿Sus patronos? ¿los ricos? ¿el Gobierno? ¿los curas? No, mil veces no; la culpa pertenece por entero á los agitadores, á los «amigos del pueblo.»

¡ Pobres corderos! No creais en manera alguna á los lobos. Ellos gritan y ladran contra el pastor y sus canes porque les privan de dañaros. El pastor en el órden religioso es el Papa, el obispo, el cura católico, y en el órden temporal es el Rey, el Rey legitimo, á quienes detestan, porque les tienen mucho miedo.

Permaneced junto al pastor; no os movais del redil, y el lobo no podrá dañaros.

## V.

*Algunas curiosas historietas de estos ilustres «amigos del pueblo.»*

Aquí solo hay un obstáculo, y es el de la elección.

- Desde luego, tal vez no se hallará uno que no

tenga una vida completamente innoble; lo que bueno será dejar sentado, siquiera sea de paso. Además, son pícaros en su inmensa mayoría, y están reñidos desde mucho tiempo con todo lo que conserva sentimientos de honor y probidad. En la última Commune de París había un gran número de encausados salidos recientemente de la cárcel y aun de las mazmorras. Uno de ellos, viendo que el excelente abate Croz, cura de la Roquette, iba á ser fusilado, corrió hácia su amigo y compadre, el feroz Raoul Rigault, que se apellidaba prefecto de policía. Borra este nombre de tu lista, le dijo. ¿Ignoras acaso que él nos ha prestado muchos servicios durante nuestra permanencia en la Roquette? — ¡Imposible! respondió Rigault. Es un cura; y esto basta. — ¡Ah! ¿es imposible? bórrale al momento, ó te levanto la tapa de los sesos. — ¡Oh entonces! si tanto te empeñas... y borró el nombre del abate Croz.

Pero lo mas curioso es que gran número de jefes de la democracia contemporánea son ricachos que nadan en la opulencia.

¿Habréis oído hablar de Eugenio Sue, el gran demócrata, el amigo del pueblo, el autor de los *Misterios de París*, del *Judío errante* y de otras novelas demasiado célebres que han venido á ser, por decirlo así, el evangelio de los obreros?

¡Pues bien! este fiero reivindicador de los derechos del pueblo contra los curas, los nobles y los ricos, ¿sabeis cómo vivia? Tenia mas de ochenta mil libras de renta, de las cuales nada alcanzaba

el pobre pueblo. Llevaba una vida de sibarita; era goloso como una carpa, elegante hasta llegar al ridículo: por las mañanas en el campo se le veía con guantes color manteca fresca, con pantalón ajustado siempre á la última moda, con sus puños de fino encaje, vestido, en fin, como un verdadero príncipe. En la ciudad todavía gastaba mayor lujo: su dormitorio estaba tapizado de satén blanco, con un lecho de marfil magníficamente esculpido. Todos los refinamientos de la voluptuosidad existían, atended bien, en aquel *modesto* asilo de la democracia. Para cuidar de sus blancas manos, Eugenio Sue nunca escribía sobre «el lujo y el orgullo de los ricos,» la «hipocresía del clero,» y «los sufrimientos del pueblo,» etc., etc., sino con sus guantes, y cuando no era muy tersa su blancura, el señor llamaba democráticamente; uno de sus tres criados presentábase empolvado de librea, llevando á su dueño un nuevo par de guantes en una fuente de oro cincelada. Hay quien vió gastar de este modo en un día á Eugenio Sue diez ó doce pares de guantes. Hé aquí un «amigo del pueblo.»

El ilustre Mr. Havin, el profeta del *Siecle*, ha dejado al morir algunos pequeños ahorros, que se elevan á *catorce* miserables milloncejos! ¡Pobre hombre! Al leer su periódico no era posible dudar que lo fuese. Los periódicos democráticos hacen, según parece, buenos negocios. Y ¿á expensas de quién?

Victor Hugo, el grande, el austero Víctor Hugo, el magnífico poeta de la democracia y de la repú-

blica universal, es igualmente un pobre hombre afligido *con mas de trescientas mil libras de renta*; algunos dicen que son *quinientas mil*. Su infame libro *Los miserables* le produjo de una sola vez *quinientos mil francos*. Se han olvidado siempre de citar las larguezas que su gran corazon humanitario le obliga á ejercer para con sus queridos clientes de las clases trabajadoras. Lo que dicen, sí, que es tan avaro y egoísta como vanidoso.

¿Hablarémos aquí de su amigo intimo el fanfarron Garibaldi, que bajo el pretexto de llevar recursos á la bella república de Gambetta, Cremieux y compañía ha venido á vivir á expensas nuestras con quince mil bandidos sacrilegos, verdadera hez de la sociedad? Con grandes ínfulas de austeridad y de desinterés, este héroe del contrabando, que encuentra todos los dias medio de hacer la guerra sin batirse, y lo encuentra asimismo de vivir ancha y voluptuosamente á expensas de los otros, en Caprera tiene, como los demás, el trato y costumbres de un bajá. Dios sabe los millones que nos ha devorado en tres meses, sin contar los que los hermanos y amigos de Francia le han permitido llevarse á su mansion de Caprera! A pesar de eso hace proclamas patéticas sobre «la miseria del pueblo y la opresion de los curas y de los reyes.»

¿Y el famoso Rochefort, el señor conde de Rochefort-Luçay? ¿Sabeis cuánto ganó en Bélgica ese pobre desgraciado con su *Lanterne*? una *decena de miles de francos por mes*, es decir; *cerca de ciento veinte mil francos al año*! Y tenia una habitacion de

príncipe, con numerosos salones, con lacayos magníficamente vestidos, ugières en gran número, secretarios, etc. Duro como un judío para con sus subordinados, les ponía á media racion, lo cual ha hecho que uno de ellos, medio desesperado un dia, revelase todos los secretos de este ídolo del pueblo. Últimamente, cuando fué cogido en Meaux y enviado á Versailles, se le encontraron, segun los periódicos, en los pliegues de su vestido mas de *seiscientos mil francos* en billetes de Banco. Seguramente que los destinaria á su pobre pueblo de Paris.

Ledru-Rollin es un gran ricacho; Cremieux es rico como Creso; Glais-Bizoin es igualmente un gran propietario y uno de los mas ricos industriales de la Bretaña; Gambetta tomó á pechos durante su dictadura el hacer circular los millones de la Francia con tanta facilidad como las proclamas. Los jefes de la Commune sin excepcion iban de orgía en orgía, bebiendo y robando como los prusianos.

El 31 de octubre de 1870, el primer paso de Félix Pyat, consagrado por completo á la causa del pueblo, fué enviar un emisario al Ministerio de Hacienda para apoderarse de *quince millones*. Pero el tiempo le faltó, y á esto se debe el que fuese preso. Otro de ellos, Flourens, si no me equivoco, llevó á cabo en el mismo dia una tentativa semejante. Mas tarde, despues del reinado de la Commune, cuando los franceses se apoderaron de Paris, á muchos jefes de la democracia arrestados en

su fuga, se les encontraron sumas que, por supuesto, habian robado.

Y ¡ved los miserables que se atreven á gritar contra los ricos; á acusar á los curas de ser los enemigos del pueblo! Mientras que los curas dan todo lo que tienen, ellos roban, prenden, fusilan, incendian. Y cuando pueden escapar á la venganza de la justicia, se burlan sin pudor, se abandonan al despilfarro, digno compañero de la impiedad y de la rebelion.

¿Estos son los amigos del pueblo? Al buen sentido le toca responder.

## VI.

*Los curas son unos perezosos que engordan con el sudor del pueblo.*

Vosotros creéis que los curas son unos perezosos porque no se dedican á trabajos manuales como los obreros. Si esto admitimos, nuestros magistrados, nuestros notarios, nuestros legistas, nuestros jueces, nuestros profesores, nuestros sábios, nuestros médicos, nuestros administradores, nuestros oficiales, etc., no serán mas que unos holgazanes. ¿Quién hará creer semejante patraña?

El trabajo de un cura es el mas importante y el mas útil de todos, pues tiene por objeto la moralizacion pública, el servicio de Dios, la enseñanza de lo que mas importa saber á los hombres, la verda-

dera educacion de la juventud, la asistencia de los desgraciados, de los enfermos y de los moribundos.

¿Acaso creéis que vuestro cura no hace nada cuando ruega por su pueblo, y por consiguiente por vos? cuando enseña el catecismo á vuestro hijo? cuando pasa largas horas confesando, consolando y dirigiendo á las almas? cuando prepara laboriosamente la instruccion que debe dar á sus feligreses?

Veis que algunas veces va de paseo, ó á visitar á un amigo ó á un cofrade; pero ¿no haceis lo mismo vosotros, que gritais contra los curas? Y sois por esto un vago? Como vosotros, y aun menos que vosotros, vuestro cura recibe de tiempo en tiempo y convida á comer; ¿qué mal hay en ello? ¿No tiene acaso el derecho de solazarse honestamente con sus compañeros? ¿Querriais que se encajonase en el presbiterio como en una prision celular? Lo que todo el mundo se guarda bien de decir es que en cambio de estos pequeños *extra*, nuestros pobres curas viven mas pobremente que las tres cuartas partes de los obreros.

Ya sé que, así como entre los obreros los hay mas ó menos laboriosos, tambien hay curas que son mas ó menos aficionados á los trabajos de su ministerio. Pero ¿es esto suficiente para decir que los curas son unos perezosos? Sobre todo en las grandes ciudades y en los países de fe, hay gran número de aquellos que se matan trabajando. De la mañana á la noche (cuando no de la noche á la mañana) su trabajo es incesante, y un trabajo tal,



que he conocido muchos que les ha causado la muerte, siendo admirados y llorados por todos.

Si vuestro país es tan miserable, tan indiferente que vuestro cura descorazonado se ve en la impotencia de hacer nada, ¿es suya la falta, decidme, ó es vuestra? En donde no hay tierra vegetal, ¿cómo quereis que uno se dedique á su labor? Vosotros creais obstáculos al cura, impedís que vuestra mujer é hijos recurran á su ministerio, les imposibilitan de hacer algo, ¡y despues decís que no hacen nada!

¡Ah! oidlo bien; el cura es el gran obrero de Dios. Su vida es la mas útil de todas: sin él, habríamos retrocedido en menos de medio siglo al estado de barbarie.

«Él engorda con el sudor del pueblo,» añaden enfáticamente nuestros ilustres demócratas. ¡Pobres curas que pasan el tiempo socorriendo á los desgraciados, cargando muchas veces sobre sí todos los gastos!

«Pero ¿por qué ellos nos toman nuestro dinero?» Si por ciertas funciones de su ministerio reciben algo (que así lo dice el vulgo), es porque ellos, como los demás, no pueden vivir del aire. ¿No es, pues, tres veces justo que los que renuncian á todo para consagrarse al servicio de Dios y á la salud de sus hermanos, no se vean reducidos á morir de hambre? ¿Se les acusa por esto de engordar con el sudor del pueblo?

Compadezco á los que son capaces de hablar de este modo del cura, pues no tienen fe, ni corazon,

ni buen sentido, y las mas de las veces son tahures de profesion, *holgazanes* de primera calidad. Gritan contra los curas porque tienen un resto de fe y temen los juicios de Dios. Hé aquí todo.

Estos son los que engordan con el sudor del pueblo; porque no viven mas que de vicios y pasiones.

## VII.

*Nuestros curas nos hablan siempre del Papa, nos piden dinero para el Papa. ¿Por qué el Papa no cuida por sí solo de sus negocios?*

Nuestros curas ¿nos hablan continuamente del Papa? Los revolucionarios hablan de él todavía mas; ellos son los que han comenzado.

Hace diez ó doce años que atacan y continúan atacando al Papa; y vosotros ¿querriais que nuestros curas no saliesen á defenderle? Ellos conspiran para arrebatár al Papa, no solo su honor, sino tambien su libertad; y vosotros ¿querriais que permaneciésemos con los brazos cruzados?

Si de propósito insultasen á vuestro padre, ¿permaneceríais tranquilos? Si quisieran arrojarle de su casa; si se pretendiese robarle la casa paterna, que es propiedad vuestra tanto como de él, ¿no acudiríais en su auxilio? Y si os dijese que dejéis que él solo cuide de sus negocios, ¿qué responderíais?

El Papa, Vicario de Jesucristo en la tierra y Jefe espiritual de los cristianos, es el padre de nuestras almas, y por esto nosotros le amamos y le defendemos. Nuestros curas solo cumplen con su deber exhortándonos sin cesar á que amemos al Papa, á defender la causa del Papa, á permanecer fieles al Papa.

Si nos piden dinero para el Papa, es porque lo necesita para defenderse contra la revolucion. Si nos lo piden en gran cantidad, es porque gran cantidad de él necesita el Papa en esta lucha terrible.

¿Por qué, pues, la emprendeis contra el cura? A los revolucionarios, á los enemigos de la Iglesia, á ellos solos es contra quien debeis dirigiros. Antes que ellos se atrevieran á despojar á la Santa Sede, ¿quién pensaba en pedir para el Papa?

No hace mas que diez ó doce años que nuestros curas nos piden dinero para el Papa, esto es, despues de la guerra de Italia. Napoleon y Víctor Manuel, dos intrigantes de primer orden, se convirtieron en agentes de la revolucion contra el Papa; á fuerza de mentiras, de hipocresía y de impudencia, se propusieron despojarle poco á poco de este modesto poder temporal que no daña á nadie, y que es necesario para proteger la libertad espiritual del Jefe de la Iglesia. El Papa necesita de socorros, y nuestros curas, dignos capitanes del ejército católico, nos llaman á defender á nuestro Jefe, á nuestro Padre, ya orando, ya por medio de dádivas. ¿Hay nada mas sencillito?

Además, atended bien, la causa del Papa es vuestra causa. ¿Qué es lo que se pone aquí en tela de juicio? ¿No es el derecho de propiedad? Las posesiones que se disputan al Papa ¿no le pertenecen de la misma manera que á vosotros vuestra casa, vuestro campo y vuestros muebles? Si dejais tranquilamente violar el derecho del Papa, la revolucion socialista no tardará en violar el vuestro.

Por tanto, aun haciendo caso omiso de la fe vosotros estais, todos estamos directamente interesados en la causa del Papa, en el triunfo del derecho. Si para ello falta dinero, demos dinero. La cosa bien vale la pena.

Como á católicos, estais todavía mas interesados. No es para él, sino para vosotros, para nosotros todos los católicos, que el Papa disfruta del poder temporal, por cuyo medio puede gobernar la Iglesia. Como todo gobierno, el gobierno de la Iglesia no puede funcionar sin dinero. Mientras que los italianos no restituyan á la Santa Sede las posesiones que le han arrebatado, no podria administrarse como antes, si nuestros curas no nos incitasen continuamente á dar al Papa para el gobierno de la Iglesia. Esta es una dura necesidad, si quereis; pero de la que son únicamente responsables los revolucionarios.

Además que nadie os obliga á dar. Los que dan para el Papa dan porque tienen fe, corazon y buen sentido. No son los que dan los que gritan, y los que gritan no son los que dan. Libres sois de gritar; pero nosotros preferimos dar.

### VIII.

*Los curas envían secretamente el dinero de nuestras limosnas á Enrique V.*

¡Evidentemente! Sobre todo aquellos que no son legitimistas.

Hé aquí una de esas grandes tonterías, una de esas calumnias estúpidas, imposibles, que las sociedades secretas propalan entre el pueblo.

Existe, no lo dudeis, una inmensa conspiración organizada contra el clero por la francmasonería, desde hace mas de cincuenta años ; mentiras, calumnias, caricaturas, canciones y romances, periódicos, insinuaciones pérfidas, amenazas y violencias, clubs, discursos que se dicen políticos, de todo se ha echado mano para destruir, para deshonar la Iglesia. «No basta, decia uno de los jefes de la secta, no basta exterminar á la Iglesia; es preciso hundirla en el lodo.»

No son pocas las calumnias que estas gentes han inventado durante la guerra; decían que los curas estaban vendidos á la Prusia, que enviaban secretamente á los prusianos sumas enormes, que se habian descubierto en París tres mil Jesuitas destinados á los prusianos; que los curas eran causa de la guerra; que ellos deseaban promover en Francia una guerra religiosa al objeto de alcanzar de un solo golpe el triunfo de Pio IX y de Enri-

que V; que últimamente Pio IX y Enrique V habian atravesado clandestinamente la Francia... en un tonel, sí, en un tonel, en un tonel tapizado de seda blanca (*algunos* lo habian visto); ellos excitaban á los pueblos á la guerra civil, daban oro á los zuavos pontificios, y se oyó á Pio IX decir por el agujero del tonel: « Amiguitos míos, tomad; hé aquí oro, portaos bien. » En cierto pueblo, que podria citar, los habitantes estaban tan indignados de esta negra conspiracion del Papa y del Rey contra la paz, que sin pérdida de tiempo comenzaron á levantar barricadas!!!

Las sociedades secretas difundian toda suerte de rumores increíbles é imposibles contra los curas. Ellos son la causa del granizo, las inundaciones, el cólera, la viruela, la sequía, la carestía, el oidium, etc. Ellos son los que atraen sobre el pueblo toda clase de castigos; los que intrigan para que se doblen y tripliquen los impuestos; los enemigos de la Francia, y de la libertad; los que tratan de promover una matanza general de republicanos, y otros absurdos de igual calibre. Los agentes revolucionarios extienden estas infames calumnias por todas partes; es un sistema de demolicion contra la Religion y la sociedad; es la consigna satánica de la *Internacional*. Cuanto mas grosera, imposible y absurda es la calumnia, tanto mas circula. En el calor de las elecciones, nuestros pobres campesinos sobre todo, las beben como el agua.

Que los hombres vendidos á las sectas secretas

digán todo esto, es natural; pues representan su papel, el papel de mentirosos y malvados. Todo lo hacen por el dinero, es una explotación en alta escala de la credulidad popular. La *Internacional* tiene una policía muy extensa, y como todas las policías, la suya es secreta y asalariada. Ella tiene sus agentes secretos en todos los oficios y manufacturas. Estos agentes, que reciben veinte, treinta y hasta cincuenta francos por semana, se introducen en los talleres y estudian el personal de los obreros; toman datos acerca de las condiciones de su carácter y de su familia, sobre las necesidades, los defectos y las cualidades de cada uno en particular, á fin de que la *Internacional* pueda cogerles por el flanco débil. *Dos veces por semana* estos agentes reciben la consigna, que es una calumnia que deben hacer circular. Por este sistema, cuando una calumnia ya no produce efecto, aparece inmediatamente otra. La *Internacional* ¿no debería apellidarse á sí misma la *Infernal*?

Y lo que hace en París, lo verifica al mismo tiempo en Lyon, en Marsella, en Tolosa, en Burdeos, en Rennes, en Lille, en todos los departamentos: lo hace en Roma, en Nápoles, en Milan, en toda la Italia, en España, en Bélgica, en Inglaterra, en Alemania, en Rusia, en Austria, en América. De esta manera se explica cómo al comenzar la guerra en 1870 las absurdas calumnias inventadas contra el clero y el Papa circulaban lo mismo en Alemania que en Francia; el clero alemán era acusado de entenderse con el Papa para hacer ani-

quilar á Prusia por medio de la Francia; y el clero francés era acusado de estar en connivencia con el Papa y con el Concilio para levantar la Alemania contra la Francia. La misma consigna circulaba por todas partes, como una chispa eléctrica salida del infierno.

Y ¿veis con cuánta perfidia han explotado y levantado al pueblo trabajador? Quitándole la fe, le han hecho perder el buen sentido; cuando no es muy fiel, es crédulo, todo lo cree; esto es lamentable.

La necia acusacion de entregar á Enrique V las limosnas de los fieles es una de estas mentiras revolucionarias que, de tan estúpidas, seria ridículo el rebatirlas. Un dia dirán que los curas deben coger el sol para llevarlo á Enrique V y para dejar el mundo en las tinieblas (sin duda de la edad media), y lo creerán. Sí, los lectores del *Siecle* y del *National* lo habrán de creer por fuerza.

## IX.

*Los curas y los nobles están convenidos para oprimir al pueblo.*

Otro grito de alarma sale de las sociedades secretas, absurdo, imaginario, sin sombra de una sola prueba.

¿ En dónde habeis visto, pregunto, el menor vestigio de esta grande conspiracion que se supone



existir entre el clero y la nobleza contra los hombres del pueblo? Aun cuando quisiese tramarse, sería imposible, absolutamente imposible. ¿Cómo, decidme, podrían entenderse los sesenta mil curas que existen en Francia, no solo entre si, sino además con cincuenta mil grandes propietarios diseminados por todos los departamentos? ¿Cómo se entenderían con unos hombres entre los cuales un gran número no son muy cristianos y pasan su vida contrarestando la saludable influencia del cura? — Desde el momento que se examinan estas objeciones anticlericales se desvanecen por sí mismas. Antes el clero y la nobleza formaban en el Estado dos *órdenes* distintos del *tercer estado*, que representa al pueblo propiamente dicho; y estos dos órdenes gozaban de ciertos privilegios, y tenían un poder que podía hacer sombra al tercer estado y á los obreros. Mas hoy día estas distinciones no existen, y nadie, creedlo bien, puede hacerlas revivir. El clero es pobre, la nobleza despojada de todos sus privilegios; tan despojada, que, de hecho, no existe sino por la gloria de sus nombres y de sus tradiciones. Hoy día el rico y el pobre, el marqués y el obrero, el príncipe y el súbdito, el cura y el laico, todos los franceses, en una palabra, son absolutamente iguales en derechos civiles y políticos. No no hay ya señores, ni privilegios de ningún género; y los demócratas que acusan á los curas y á los nobles de conspirar contra el pueblo, saben bien que solo evocan añejas fantasmas mucho tiempo ha desaparecidas.

Y ¿por qué las evocan? No nos cansaremos de repetirlo: para explotar en su provecho las mas bajas pasiones de las gentes sencillas; el orgullo y la envidia. Tratan de remover el lodo con el objeto de pescar en el agua turbia; ¡ es tan fácil medrar en tiempo de revolucion!

Estos son los que conspiran, y conspiran sin cesar contra Dios y contra los hombres. Para ocultar sus manejos y explotar las fuerzas populares, acusan «á los curas y á los nobles» de complots quiméricos. Estos son del número de los ladrones que gritan: «¡Al ladron!» para así escapar de los gendarmes.

¡Oh gentes honradas!

## X.

*Si Enrique V volviera, restableceria los diezmos y derechos feudales.*

Cuando la cosecha está en sazón los labradores colocan en medio de los campos espantajos formados con dos ó tres cañas que sostienen pedazos de ropa roja, blanca, amarilla, que flotan al viento. De esta manera espantan á los gorriones, é impiden coman el trigo.

Cuando se aproximan las elecciones, y en general en los momentos de conmocion, las sociedades secretas que *cultivan* á los labradores y á los obreros usan estratagemas de este género. Ellos tie-

nen un miedo terrible á Pio IX y á Enrique V, y á todo aquello que huela á derecho; y para impedir que las gentes del campo voten como deben, les envían por todos lados emisarios encargados de intimidarles, esparciendo contra la monarquía y los legitimistas, contra «los curas y los nobles,» todo género de absurdos, á cual mas necio y ridiculo. «Si votais por los clericales ó por los partidarios de Enrique V, les dicen, caeréis de nuevo en la esclavitud; lo primero que harán será restablecer el diezmo y los derechos feudales; os obligarán á ir todos los días á misa; para obtener el menor empleo tendréis que presentar los billetes de confesion. Esto será la vuelta de la teocracia, y el gobierno de los curas.»

Las masas son crédulas, sobre todo en el campo, y las mas de las veces bastan estas ridículas afirmaciones de los agentes de la revolucion para impedir un voto favorable á la causa del órden.

Todas las objeciones á las que contestamos en estas páginas no son otra cosa que maniobras electorales, y los atavíos del famoso maniqui destinado á espantar á los gorriones. ¡Pobres gorriones! Si tuvieran valor, si supieran que ese grande espantajo que parece agitar los brazos de una manera terrible no es mas que una fantasma, ¡cómo se burlarian de aquellas cañas y de aquellos trapos, y comerian hasta saciarse del buen trigo que la Providencia no les rehusa!

Lo mismo sucederia si entre cien electores hubiese noventa y cinco que supiesen la verdad sobre

los hombres y las cosas. Enviarían á paseo á todos los fautores de la anarquía, cuya idea, desde medio siglo á esta parte, no es otra que la de perder y burlarse de la Francia. Se burlarían de sus dichos, no menos que de sus periódicos y de sus cuentos, y nuestro pobre país, librándose por fin de la mentira, encontraría á su vez en el respeto de la Iglesia y de la monarquía legítima esta paz, esta prosperidad profunda y verdadera que se ha perdido desde que se escucha á los charlatanes de la revolución.

En cuanto á lo que particularmente concierne á los diezmos y derechos feudales, sería en verdad injuriar al lector responder sériamente. Los diezmos en los países de fe no eran antes otra cosa que ciertos impuestos en especie que los poseedores de dominios eclesiásticos satisfacían todos los años á la Iglesia en reconocimiento de su derecho de propiedad. Los derechos feudales consistían casi siempre en impuestos del mismo género, muy poco onerosos en sí mismos, y cuyo principal objeto era reconocer los derechos de los señores del lugar. En uno y otro caso eran un acto de sumisión y dependencia por parte del paisano. El orgullo democrático, que rechaza toda idea de dependencia, se indigna por esta razón contra estos usos de otros tiempos, y que los revolucionarios pintan con los mas negros colores.

Para producir mas efecto, inventan y calumnian. Entre otros presentan en primer término el famoso *derecho señorial*, abuso infame, si es que jamás

haya existido. Hace diez y ocho años que un escritor, tratando á fondo esta cuestion histórica, ha demostrado que este pretendido derecho jamás ha existido en Francia ni en ninguna parte.

Examina una á una todos los argumentos que se han citado en apoyo de tal calumnia, puesta en boga por Voltaire y los impíos del último siglo, reduciendo al silencio á todos los calumniadores. Todos los argumentos, sin exceptuar uno solo, son reconocidos por falsos, apócrifos y de ningun valor.

Últimamente nuestros periódicos rojos han salido de nuevo con esta mentira, acusando así á la Francia cristiana de haber admitido en su derecho público una inmoralidad tan repugnante como odiosa. Bien saben que mienten; pero no cejan, sabiendo que el obrero y sobre todo el campesino son crédulos, y que esta calumnia es muy á propósito para exasperar al pueblo contra los palacios.

Habia, sí, en los tiempos de fe, «un derecho del Señor,» muy extendido, cuasi universal entre los cristianos, pero enteramente opuesto al que suponen los malos periódicos, y era la consagracion tributada libremente al Señor de los señores, es decir, á Dios, de los tres primeros días de matrimonio, durante los cuales, por un sentimiento de piedad, los nuevos esposos permanecian en oracion y guardaban continencia. La Francia cristiana no conoció otro «derecho señorial» que este. ¡Pobre pueblo! ¡cómo te engañan!

¿Quiere esto decir que durante los siglos pasados, en los tiempos de la monarquía legítima no

hubo ningun abuso, y que por esto ó por aquello algunos señores no abusaron de su posicion? Nadie lo pretende, pero querer de crímenes aislados, condenados por todas las leyes divinas y humanas, constituir un derecho público, un derecho reconocido por el Estado, sancionado por la Iglesia, es una extravagancia que solo explica el odio y la rabia de la impiedad. Admitiendo esto, por el hecho de haber existido un Tropmann, un Lemaire, un Dumolard, todos los jóvenes obreros, todos los mesoneros serian *de derecho* asesinos, y la manera de obrar de estos constituiria el derecho público de la Francia en el siglo XIX.

Hoy dia como entonces las pasiones abusan de todo para quedar satisfechas. Antes el ascendiente era de los grandes propietarios y de la nobleza, hoy el ascendiente es del dinero, de la posicion y del temor. ¡Cuántos matrimonios turbados en todas las clases sociales! ¡Cuántas pobres mujeres seducidas y deshonradas, no por los señores, sino por un mayordomo, ó un patron, ó un director de fábrica, de teatro ó de almacen! Y sobre todo, ¡cuántos *virtuosos* periodistas y corifeos de la demagogia que, no creyendo en Dios ni en el diablo, pisotean todas las leyes morales y pasan sin escrúpulo por todos los adulterios y por encima de todas las infamias! Nuestros comunistas acaban de darnos de su moralidad algunas muestrás que la Francia no olvidará jamás. Es preciso ser Gambetta y gambetista para atreverse á hablar de las «*virtudes* republicanas.»

Exageraciones ridículas ó indignas calumnias, hé aquí á qué se reducen los famosos derechos feudales que la Revolucion echa sin cesar en cara de nuestra noble Francia, de la antigua Francia cristiana y monárquica.

Si nuestros campesinos no tuviesen que temer otros daños que el restablecimiento del diezmo y de los derechos feudales, podrían dormir tranquilamente. Enrique V lo mismo que la Iglesia, los curas y los nobles, no sueña en el restablecimiento de estas antigüedades, abolidas para siempre, y que supondrían un país organizado de distinto modo que lo está al presente. No trata de volver á los usos de la edad media, cualesquiera que sean: los pueblos y los Estados no pueden volver á la edad media, así como el hombre no puede volver á los transcurridos años de su vida.

Nuestros francmasones lo saben bien; pero saben también que escribió hace cien años su «hermano y amigo,» el francmason Voltaire: «Mintamos, mintamos de firme; siempre de ello quedará alguna cosa (1).» Y así mienten, mienten de firme porque efectivamente desean que quede «alguna cosa.»

(1) En España dice el refrán: «Calumnia, que algo queda,»

## XI.

*En tiempo de la monarquía el pueblo era esclavo; con la república es el dueño; á cada uno su turno.*

Bajo la monarquía, por espacio de mas de mil años, el pueblo permaneció sumiso y tranquilo. Bajo la república el pueblo es rebelde á toda autoridad, así á la civil como á la religiosa: se imagina ser el dueño, porque los hombres culpables que le guian le dicen y hacen relucir á sus ojos ciertos derechos políticos mas aparentes que reales. Estos derechos, así como las pomposas palabras de *soberanía del pueblo, pueblo soberano, libertad, igualdad de los ciudadanos, sufragio universal, etc.*, con que los atavian, no son en el fondo mas que espejos para coger alondras: las pobres alondras, que no son listas, atraídas por el espejo, no advierten que pueden cogerlas hasta que lo están.

¡Bella realeza, en verdad, la de esta soberanía republicana del obrero! En la práctica se reduce al enojoso y ridículo derecho de votar á toda costa sobre las cuestiones políticas ó sociales, acerca de las cuales nada entiende; sobre el nombramiento de diputados y consejeros generales que no conoce, y sobre los propósitos de los elegidos, acerca de los cuales le hacen creer todo lo que quieren.

Estoy seguro que de cada mil electores no hay cincuenta que voten con conocimiento de causa.



En la clase obrera y entre los campesinos, ¿sabeis lo que es un elector? Es casi siempre un buen hombre, que se imagina votar por el orden, el derecho y la justicia, y que vota, sin sospecharlo siquiera, por el desorden, por la anarquía y la ruina pública. Es una alondra á quien coge la revolución : es una víctima de las sociedades secretas, y un incauto seducido por los malos periódicos.

¿Y en qué, pues, ¡oh Dios! el obrero ó el campesino es mas dueño que en otros tiempos? Sí, en ciertos momentos de crisis es por un instante dueño de levantar barricadas, de robar y de hacerse prender ó matar; sí, bajo la república es mas libre para amenazar é insultar á los curas, á los ricos, á los propietarios; pero, fuera de estos excesos de fuerza bruta, no veo en qué es soberano el pueblo, ni de qué es dueño.

La república en Francia es siempre mas ó menos anárquica, y la anarquía es el verdadero azote de los pueblos. Por ella cesa el trabajo, se paraliza el comercio y la industria : y en la práctica ¿qué es el trabajo para el hijo del pueblo sino el pan de cada día, el pan de su mujer y de sus hijos? «República, ruina pública,» decia en 1848 un hombre de talento. Si el vivir sobre la ruina pública es lo que os encanta, amigos míos, teneis un gusto singular ; permitidnos que no participemos de él.

## XII.

*Todo aquel que es hombre de progreso está por la república : solo quieren la monarquía los reaccionarios y viejos achacosos.*

No nos paguemos de palabras. Aquellos á quienes la mala prensa apellida «reaccionarios, imbéciles, viejos maniáticos,» son los hombres honrados, los espíritus esclarecidos y religiosos que no se dejan engañar por las bellas frases de la democracia. Y estos á quienes la democracia llama «hombres del progreso y de la luz» son la turba de los míopes, ciegos y mentecatos que ha sabido seducir.

Hay dos especies de progreso : el uno que avanza, el otro que retrocede. Nosotros los cristianos y monárquicos queremos el progreso que avanza, el progreso en el bien, en la verdad y en lo que puede procurar al país un bienestar sólido. Si volvemos la vista hácia atrás, hácia el pasado, no es para volver á él, sino únicamente para conservar gran número de muy buenas cosas que nos han hecho perder los trastornos de los revolucionarios. Somos los primeros en reconocer que hay cosas excelentes en nuestras leyes é instituciones modernas, y lo admitimos como todo lo bueno. No queremos mas que el bien, y no buscamos sino la dicha de la Francia.

Si en esto consiste ser reaccionario, lo somos de todas veras.

Hay tambien un progreso de retroceso : el progreso hácia la barbarie, la esclavitud, la inmoralidad y el vicio. La revolucion no admite otro ; testigo de ello las ruinas de todo género que han acumulado los hombres del 89 y sus herederos legítimos los mónstruos del 93. En pocos años convirtieron á nuestra bella y gloriosa Francia en un monton de sangrientas ruinas.

Y no trateis de refugiaros en la distincion quimérica de la república en revolucionaria y moderada, en roja y tricolor ; aun cuando puedan existir en teoria repúblicas buenas y legítimas , en la práctica, para nuestra Francia al menos , que Dios ha hecho monárquica, no hay mas que una especie de república ; la mala. La otra que parece moderada sirve para empezar : es un término medio escogido por los revolucionarios entre la monarquía cristiana , que es el estado normal de la Francia, y una Commune, que es como la hermana de la anarquía y de la muerte. Jamás la Francia ha pasado por la república honrada sin torcer á la izquierda, al lado malo , sin la sangre y la ruina. Los republicanos tricolores podrán ser de generoso corazon , pero son indudablemente hombres míopes, ignorantes de las verdaderas aspiraciones de un país , al que pierden creyendo salvarle. Lo tricolor conduce á lo-rojo, y el rojo es la sangre de la revolucion.

Los revolucionarios y los republicanos ( en la práctica es una misma cosa ) son enemigos de la Religion, y por consiguiente de los hombres y de

las instituciones mas venerables con las cuales se honra la civilizacion. Son enemigos de nuestras glorias nacionales mas puras y brillantes, y enemigos de las ciencias, de las letras y de las artes; la mayor parte de ellos son notoriamente imbéciles á pesar de la audacia de su lenguaje; casi todos son ignorantes y groseros, y en su inmensa mayoría, por no decir todos, son dados á los vicios y de una vida privada la mas vergonzosa. Ellos mismos se han encargado de demostrarlo recientemente en Paris hasta la evidencia. ¿Qué era, en efecto, qué es la horrible Commune sino la república social, la verdadera república revolucionaria diciéndo lo que piensa y obrando lo que quiere?

¡Hé aquí el bello progreso que los republicanos se atreven á proclamar! Impiedad, embrutecimiento, ferocidad, pillaje, incendio, audacia increíble, y sobre todo incapacidad é increíble ineptitud.

¿Cuál vale mas, nuestro progreso ó el suyo? el progreso blanco ó el progreso rojo? el progreso hácia el cielo ó el progreso hácia el infierno? Meditadlo en ello cuando vayais á votar.

### XIII.

*Los nobles y los ricos no sirven para nada: puede quitárseles justamente lo que tienen y repartirlo entre los obreros.*

Hé aquí cuál es el rumor que corre: El amor del bien... de los demás. La revolucion es bondadosa.

Los nobles y los ricos ¿decís que no sirven para nada? Y vosotros que decís eso, ¿para qué servís? El poco bien que haceis, ellos lo practican como vosotros y tal vez mejor que vosotros. ¿Vosotros trabajais? Tambien tienen ellos su trabajo: si no es como el vuestro un trabajo manual, no es por ello menos trabajo, un trabajo útil en el cual vienen siempre interesados un gran número de obreros, de artesanos y de trabajadores.

¿No son acaso los ricos los que dan impulso al comercio, trabajo al obrero, sea en la ciudad, sea en el campo? Aun cuando no fueran buenos para otra cosa, esto seria ya mucho.

«Pero, ¿por qué ellos son ricos, mientras yo me veo obligado á trabajar para ganarme la vida?» ¡Ah! esto es bien sencillo: porque los primeros trabajaron con inteligencia y perseverancia, ó bien porque sus padres ó sus abuelos trabajaron y ganaron mucho. ¿No es justo que el que trabaja gane; que el que gane posea, y que el que posea disfrute de sus bienes y los legue á sus hijos? y ¿cómo se apellidan los que quieren violar estas leyes elementales de toda sociedad? Ladrones.

Con todo y sus bellas teorías igualitarias y su pretendido amor á la justicia, los socialistas y comunistas, llamados tambien *rojos*, no son en el fondo sino una secta de ladrones. Será tal vez desagradable oírlo, pero ello es así. Predican el robo y el pillaje, y como la sociedad no es todavia tan estúpida para dejarse robar, se ven obligados aquellos á matar y á incendiar. Testigos los altos

hechos de los comunistas de París , sin contar los de Lyon, Marsella, etc.

En sus discursos no hablan mas que de nobles y de ricos ; pero su pensamiento va mas léjos , pues se refieren á toda propiedad sin distincion alguna. ¿Por qué concretarse á los palacios? ¿Por qué respetar la casa del menestral? ¿Por qué no repartir, no saquear el almacén del comerciante , la tienda del vendedor? En fin , ¿por qué no apoderarse del menaje del campesino ó del haber del obrero que posea alguna cosa? ¿Por qué detenerse en este camino? Si el principio de las *particiones* es verdadero , si es injusto que aquel posea, mientras este no posee nada, ¿por qué, pues, contentarse con el palacio del noble y la casa del rico?

La *Internacional* (que es una rama de la francmasonería) dice, que «hará desaparecer,» es decir, matar «á todo dueño que emplee mas de quince obreros.» ¿Por qué quince? ¿Por qué no diez? ¿Por qué no cinco? Si hacer trabajar á muchos obreros es para *explotarlos*, ¿por qué la virtuosa *Internacional* tolera este crimen cuando solo se aplica á quince trabajadores? Para ser lógica, debe suprimir no solo al gran fabricante, sino tambien á los pequeños , y declarar que desde ahora no habrá mas que obreros y solo obreros. Pero entonces , ¿quién da ocupacion á los trabajadores?

Veis , pues , que no son únicamente « los nobles y los ricos » á quienes se refieren , sino á todos aquellos que poseen alguna cosa, sea en la ciudad, sea en el campo. Esta es una guerra de salvajes,

una guerra social declarada por los que nada tienen, por los que no tienen ni una cosa, la mas pequeña cosa. ¿Es esto tolerable?

Y como siempre habrá gentes que no posean nada, esta guerra se eternizará en el mundo. La revolucion, la Commune es simplemente la vuelta al estado salvaje. ¿Es esto lo que quereis todos, todos vosotros, seais obreros, campesinos, artesanos, tenderos, comerciantes, criados, empleados, soldados, etc., que votais por los republicanos? Votar por los republicanos es votar por los rojos, votar por los rojos es votar por todo aquello.

Pero no es esto todo. Aun cuando suponiendo un imposible, mañana llegásemos á una particion igual de todas las propiedades, ¿creeis que permanecería mucho tiempo aquella igualdad? A los ocho dias los perezosos y despilfarradores habrian malgastado la mitad de sus haberes, y al cabo de un mes no les restaria ni un sueldo. Por el contrario, los hombres trabajadores, arreglados, razonables, en menos de un mes habrian doblado su capital. ¿Seria preciso repetir la operacion todos los meses, todas las semanas? Ved cuán necias son las teorías revolucionarias.

Sabedlo, pues, de una vez para siempre: los *repartidores* de la república, los comunistas, los revolucionarios son todos unos miserables que nada van á perder en las conmociones sociales, y sí á ganar. Su único objeto es arrebatar todo el dinero posible. Y ¿qué hacen de este dinero robado? Comen, beben, se hartan en los festines como seres

inmundos ; y con la ira en el corazon, la blasfemia en los labios , el fusil ó la pica en las manos , los piés en el lodo y los demonios en el alma , gritan : « ¡ Viva la libertad ! ¡ Viva la república ! »

Ved ahí vuestros doctores ; confesad que son muy dignos !

#### XIV.

*Dejad hacer, veréis como todo irá bien cuando los republicanos sean los dueños y cuando no habrá ni rey, ni nobles, ni curas, ni religion.*

Cuando sean « verdaderamente » los amos ¿ sabéis lo que irá á las mil maravillas ? Lo que no comenzó mal en el 93 bajo el cayado pastoral del dulce ciudadano Robespierre y debajo la direccion del amable ciudadano Marat. La Francia estaba cubierta de guillotinas ; las guillotinas cubiertas de sangre ; los tesoros de la Francia robados ; proclamada la bancarota ; los hombres honrados en la cárcel, y los bandidos en el poder.

Lo que, ayer todavía, marchaba igualmente bien en París, en donde á la sombra del estandarte rojo se hacian *requisiciones* y *pesquisas*, es decir, se robaban y saqueaban todas las casas ; en donde se devastaron las iglesias, se asesinaron los rehenes de Mazas y de la Roquette ; en donde llovía petróleo inflamado sobre nuestros pobres soldados, y los hombres honrados eran maltratados, y se incen-



diaron las Tullerías, la Casa de la ciudad, los museos y los monumentos públicos con la esperanza de volar á París. ¡ Ah, cuán bien iba todo !

Y ¿quién cometió tales horrores? ¿ Fueron acaso los reyes, los nobles y los curas?

No, sino los republicanos, los verdaderos, los buenos, los republicanos puros. Repitámoslo á la multitud de sordos voluntarios: en Francia la república y la revolucion son una sola cosa; la tricolor conduce fatalmente á la roja, todos los 89 se convierten en 93. Los hechos, recientes y palpitantes todavía, destruyen todas las bellas teorías que ciertos ideólogos se obstinan en encarecer con el nombre de « república honrada y moderada. » Republicano es lo mismo que revolucionario, siempre mas ó menos revolucionario, revolucionario mas ó menos lógico.

Electores, no lo olvideis jamás. La república lógica se llama Commune, y la Commune es el terror, la muerte, el pillaje, el incendio.

La Commune en París y en Roma, esto es lo que quieren. La Commune en París, porque la Francia es el brazo derecho de la sociedad cristiana. En Roma, porque el Papa es la cabeza y el corazon de esa sociedad que quieren destruir. « Acordaos, escribia últimamente Mazzini, acordaos de la consigna que os he dado: *Roma y París.* »

Quieren incendiar primero á Roma y París, luego las principales ciudades de la Francia, y despues extender su accion salvaje por toda la Europa, las dos Américas y todo el mundo civilizado. En un

reciente programa dado en Francfort han dicho: «Queremos la república universal y una revolucion social. No queremos mas religion ni propiedad, y para eso nos proponemos matar á los curas é incendiar las iglesias, matar los propietarios y quemar los palacios y ciudades.»

¿No es evidente, como decia un gran filósofo de este siglo, que «la Francia-república seria el fin de Europa, y que la Europa-república seria el fin del mundo?»

La Providencia ha permitido que á nuestra vista la revolucion llegase á tales excesos á fin de que abriésemos los ojos y retrocediésemos ante las doctrinas que constituyen la revolucion, ante los discursos que la predicán, y ante los hombres ciegos entregados á la misma.

Lo que la revolucion acaba de hacer por medio de la república en París, lo hará en todas partes donde domine, pues no sabe ni puede hacer mas que destruir; ni puede cambiar de naturaleza, como el tigre y el oso no pueden trocar la suya. No se amansan los tigres ni se ablandan los osos. De la misma manera, hágase ó digase lo que se quiera, no se impedirá nunca que la Revolucion deje de ser lo que es en sí; impía, estúpida, feroz, destructora de la paz y del bienestar público.

Ella nos dice: «Dejadme hacer, y veréis.» ¡Ay! bastante lo hemos visto, y por esto precisamente no lo querriamos ver mas. En el 93 y en el 71 no habia «ni rey, ni sacerdotes, ni religion,» y nosotros hemos visto á donde nos dirigíamos; á la

cárcel, al destierro, y á la guillotina. Esta era la perfecta bienandanza de la república.

La república, mejor dicho, la revolucion, no quiere Rey, y esto es la prueba evidente de que nos falta Rey. No quiere nobles ni curas, y esto es prueba evidente de que los nobles y los curas son necesarios á la sociedad. No quiere la Religion, y esto es prueba evidente de que la Religion es nuestra salvacion. El Rey, el Rey legítimo es la autoridad; los nobles son el sosten de la autoridad, y los sacerdotes y la Religion son la sancion divina, la salvaguardia de la autoridad. Los republicanos no quieren la autoridad ni á los que la sostienen, porque la autoridad les molesta y les impide robar y saquear. La autoridad, pues, es lo que nos falta, la autoridad religiosa; «¡Viva el Papa! ¡viva la Iglesia!» la autoridad civil; «¡Viva el Rey! ¡Vivan sus partidarios!»

¡Oh amigos, amigos míos! no nos dejemos engañar con las hermosas promesas de la revolucion. El gato que presenta su pata de terciopelo no deja de tener largas y terribles uñas. Y si uno concibe la imprudencia de un raton que se deja coger una vez confiado en el aire pacífico y fisonomía campechana de su enemigo, verdaderamente no puede hacerse cargo como despues de haber sido arañado, despellejado y aplastado dejase el pobre animal cogerse por segunda vez.

Desde hace cien años hemos sido el juguete y el escarnio de esta malvada bestia que se llama la revolucion; nos ha dejado medio muertos no una

sola, sino cinco ó seis veces, y acaba de hacer de las suyas en nuestro pobre París. Acabemos, pues, con ella de una vez. Enviemos á paseo á esta república, y á estos republicanos, y á estos francmasones, y á estos clubs y su dinero y todas sus charlatanerías.

Seamos de nuevo un pueblo cristiano, una nación razonable y monárquica. Llamemos al Rey, al solo Rey legítimo Enrique V. Solo él puede librar-nos de la revolucion y restituirnos la prosperidad y lo que nos hemos dejado arrebatár; la autoridad legítima y las libertades legítimas.

Un antiguo proverbio dice que «tanto va el cántaro á la fuente que á la postre se rompe.» Si aun queremos empezar de nuevo nuestros ensayos de república, nos perderémos, si bien entonces no encontraremos medio de levantarnos.

## CONCLUSION.

Habrà sin duda todavía otras apreciaciones populares que refutar; pero lo que nosotros hemos dicho, debe ser suficiente para disiparlas. Ordinariamente son aquellas tanto mas creidas cuanto mas pomposas y sonoras; por ello es que circulan.

Sé que en el fondo de todos estos juicios revolucionarios existe el espíritu de rebelion, esto es, el odio orgulloso á la autoridad. En el lenguaje revolucionario, la famosa frase «sacerdotes y no-

bles» no significa otra cosa que ¡Abajo la autoridad religiosa! ¡Abajo la autoridad civil!

Volvamos, por fin, volvamos animosamente á las vías de la obediencia. Obedezcamos á los representantes de Dios, obedezcamos á nuestros sacerdotes, á nuestros obispos; obedezcamos á la autoridad legítima y respetemos todo lo que se refiera á ella. Sin obediencia ningun gobierno es posible, y sin gobierno es imposible la sociedad. No obedecemos á un hombre, sino á Dios, porque nos sometemos á una autoridad legítima. Sigamos, pues, á Dios; sigamos á Jesucristo; arrodillémonos y oremos para aprender á obedecer.

El primer fruto de este retorno á la obediencia será la union de todas las fuerzas vivas del país contra el enemigo comun. En el interior el enemigo comun es la revolucion; y en el exterior... ¿será preciso nombrarle?

Pero para vencer al enemigo exterior es preciso aterrar primero al enemigo interior, y nosotros no podemos triunfar de él sino volviendo francamente á Dios, y reconstituyéndonos en nacion católica y monárquica. Basta de ilusiones, el remedio es este y solo este.

Que cada uno ponga manos á la obra. ¡Viva la Francia! la Francia católica! la verdadera Francia!

FIN.

# ÍNDICE.

|                                                                                                                                                           |        |
|-----------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------------|--------|
| I. — Lo que predicán los curas era bueno en otros tiempos, pero en la actualidad es ya otra cosa. No debemos creerles ya. . . . .                         | PÁG. 7 |
| II. — Los curas no deben ocuparse de elecciones, esto es, de política. . . . .                                                                            | 8      |
| III. — No escuchéis á los curas, pues son enemigos del pueblo. . . . .                                                                                    | 11     |
| IV. — Los republicanos y los francmasones son los verdaderos amigos del pueblo. . . . .                                                                   | 15     |
| V. — Algunas curiosas historietas de estos ilustres «amigos del pueblo.» . . . .                                                                          | 18     |
| VI. — Los curas son unos perezosos que engordan con el sudor del pueblo. . . . .                                                                          | 23     |
| VII. — Nuestros curas nos hablan siempre del Papa, nos piden dinero para el Papa. ¿Por qué el Papa no cuida por sí solo de sus negocios? . . . . .        | 26     |
| VIII. — Los curas envían secretamente el dinero de nuestras limosnas á Enrique V. . . . .                                                                 | 29     |
| IX. — Los curas y los nobles están convenidos para oprimir al pueblo. . . . .                                                                             | 32     |
| X. — Si Enrique V volviera, restablecería los diezmos y derechos feudales. . . . .                                                                        | 34     |
| XI. — En tiempo de la monarquía el pueblo era esclavo; con la república es el dueño; á cada uno su turno. . . . .                                         | 40     |
| XII. — Todo aquel que es hombre de progreso está por la república: solo quieren la monarquía los reaccionarios y viejos achacosos. . . . .                | 42     |
| XIII. — Los nobles y los ricos no sirven para nada: puede quitárseles justamente lo que tienen y repartirlo entre los obreros. . . . .                    | 44     |
| XIV. — Dejad hacer, veréis como todo irá bien cuando los republicanos sean los dueños y cuando no habrá ni rey, ni nobles, ni curas, ni religion. . . . . | 48     |
| Conclusion. . . . .                                                                                                                                       | 52     |

**BIBLIOTECA POPULAR,**  
**inaugurada en Barcelona á 1.º de abril de 1870,**  
BAJO LA PROTECCION  
**DEL GLORIOSO PATRIARCA SAN JOSÉ.**

---

**¡Se ha popularizado el mal y la mentira!**  
**¡Popularicemos el bien y la verdad!**

---

Esta BIBLIOTECA, destinada únicamente á fomentar la propaganda de buenos libros entre las clases mas numerosas, ha merecido desde la época de su fundacion el favor del público español y las bendiciones del cielo. En los veinte y un meses que lleva de existencia ha habido á luz setenta y nueve folletos ó libritos que se remiten por 40 reales, franco el porte en España. De estos folletos se reparten dos ó tres cada mes por el precio de 16 rs. al año en España; Cuba y Puerto Rico, 20; Filipinas, 24; Extranjero, 30.

Desde enero de 1872 se abre otra série de obras mas extensas con semejantes condiciones; puesto que por 60 rs. al año, ó 32 cada semestre, entregaremos unas seis mil páginas distribuidas en varias y selectas obras en su mayor parte traducidas del francés é italiano.

Precio de la 2.ª série: España, 60 rs. un año; Cuba y Puerto Rico, 70; Filipinas, 80; Extranjero, 100.

**NUÉVO AÑO CRISTIANO PARA EL PUEBLO.** Los Santos han sido siempre héroes populares en la mas hermosa acepcion de la palabra. Convencida de esto la BIBLIOTECA POPULAR publicará un santoral completo sacado de los principales autores católicos, que, además de explicar muy sencillamente las vidas de los Santos de cada día, contendrá el Evangelio, Epístola y oracion propia del rezo, meditacion diaria y jaculatorias ó reflexiones. Empezando desde enero, se distribuirá cada mes un tomo de unas 400 páginas.—Precio: España, 50 reales un año; Cuba y Puerto Rico, 60; Filipinas, 70; Extranjero, 90.

**GRANDES FOTOGRAFÍAS DEL PONTÍFICE-REY PIO IX.** Esta fotografía, recién llegada de Roma y sacada directamente por los hermanos Alessandri, ha sido trasladada con tanta perfeccion en Barcelona, que de cuantos retratos han visto la luz pública este es el único que verdaderamente representa á nuestro amado Padre en el vigésimoquinto año de su pontificado.

Colocada sobre cartolina, tamaño de marca mayor, y con marco litografiado á dos tintas, se remite por 30 reales una franco el porte en España.—En tamaño de doble placa, 16 reales.—En tamaño algo mayor que carta album, 4 reales.—Tamaño de tarjeta, 1 real.—Tamaño de sello, á 6 reales el ciento.

**REVISTA POPULAR.** Este periódico semanal de Religion que tenemos ya acreditado en España y Ultramar, consta de 16 páginas, ó sea de 32 columnas. Darémos de vez en cuando un ameno folletín siempre católico y de toda confianza. Tiene abundante crónica general, correspondencias de Roma, París y Madrid, seccion piadosa de la semana, amenas variedades, y artículo de fondo todos los números. Su fin principal es contrarestar la propaganda de los periódicos impíos.

Precio: España, 12 reales un año; Cuba y Puerto-Rico, 20; Filipinas, 24; Extranjero, 30.

La coleccion de la REVISTA POPULAR del año 1871 se venderá encuadernada y con su índice correspondiente á 16 reales.

**BOLETIN MENSUAL DE LAS MISIONES CATÓLICAS.** Sale una vez cada mes empezando desde enero de 1871. Consta de 32 páginas muy aprovechadas. Trata de todo lo relativo á la propagacion de la fe en las cinco partes del mundo.—Precio: España, 10 reales un año; Cuba y Puerto-Rico, 14; Filipinas, 18; Extranjero, 24.

**BOLETIN OFICIAL DE LOS INTERESES DEL APOSTOLADO POR MEDIO DE LA PRENSA.** Este «Boletín» se publicará una vez cada trimestre para dar razon de todo lo que haya llevado á cabo esta vasta Asociacion, inaugurada en Barcelona el dia 3 de diciembre de 1871, y bajo la advocacion del grande Apóstol san Francisco Javier. Este Apostolado tiene el doble objeto de proporcionar sanas lecturas á todo el mundo, é impedir la circulacion de las perniciosas.—Precio: España 2 reales un año; Extranjero y Ultramar, 6.

**ADVERTENCIAS.**—El que se encargue del reparto y cobro de diez suscripciones á cualquiera de estas publicaciones, recibirá dos de balde.—No se servirá pedido ni suscripcion alguna sin que esté adelantado el importe.—Dirigirse para todo á D. Primitivo Sanmartí, calle del Piuo, 5, bajos, Barcelona.

